

vinieron a su memoria todas aquellas frágiles y sonoras construcciones que formaban apiladas las rasillas del almacén paterno.

El mural de Tharrats fué una inmensa composición trapezoidal que pendía flotante desde el techo sujeta por barras de acero. Más de seis por cerca de cinco metros medía el mural escultórico para cuya realización sólo empleó ladrillos de desecho, de los que salen defectuosos de los hornos cerámicos. Un efecto fantástico, como de ciudad en ruina, quedaba aglomerado en aquella masa rojiza en la que confluían tantas vivencias infantiles del pintor. La fotografía que se publica en estas páginas dará idea de lo que aquel mural supuso. Con razón pudo decir el arquitecto barcelonés Manuel Anglada refiriéndose a Tharrats como muralista: "Las dificultades han interesado siempre a nuestro hombre, que se ha labrado un crédito en la más dura lucha."

Obra varia y siempre valiosa, como puede deducirse de esta no completa semblanza de Tharrats, para cuya enumeración detallada precisaríamos de muchas páginas. "Una obra que parece desenvolverse en ese ámbito de recientes y crecientes sorpresas con que una absorta

imaginación juvenil transmuta las realidades, próximas o distantes, en otras acrecentadas por el lado de la ensañación y de esa poesía que se encierra en todo lo recién descubierto..." El juicio transcrito es del crítico Santos Torroella, y lo podemos suscribir íntegramente porque coincide con nuestro exacto pensamiento.

Al igual que otras bellas palabras escritas para Tharrats por el adalid barcelonés del arte nuevo, por Cirici Pellicer, el cual dice: "Es un arte que puede ser como un alimento para todos. Destinado a ayudar a soñar, a vivir con alegría el destino de nuestro tiempo. Si todo termina en catástrofe, habrá sido una droga de la felicidad. Si todo termina bien, habrá sido un compañero de juegos de la humanidad, antes de entrar en la plenitud de la existencia. Debemos estar agradecidos a este artista tan distinto de los otros artistas y tan cercano a los hombres, una de cuyas revelaciones será, para siempre, la de una alegría y una diáfana inocencia, incorruptibles, en el mismo seno de la mancha, del juego, de la suciedad y de la sangre."

Este es Tharrats. Tharrats o la riqueza de la materia, no era exagerada la definición inicial.

RAMON GOMEZ DE LA SERNA, COMO DIBUJANTE

Pocas mentalidades españolas de tan verdadera genialidad como el gran Ramón Gómez de la Serna, que ha vuelto recientemente a Madrid, a su Madrid, y esta vez para siempre.

Habría que remontarse, acaso, a un Quevedo para encontrar un talento tan lúcido y ácido a la vez, tan interesado por todas las problemáticas de la vida de su tiempo. La ventaja de Ramón sobre don Francisco es que su humor nunca fué vidrioso, ni mal intencionado, sino vitalista, imprevisto y grato como esas florecillas que nacen en los tejados o en el bote de la oxidada hojalata.

No sabemos si Ramón escribió alguna vez poesía formalmente, o sea en forma versificada, pues poeta lo es desde su más profunda raíz, en el sentido que decía García Lorca: "Todas las cosas tienen su misterio y la poesía es el misterio de todas las cosas." Ramón, que penetró en tantos misterios del alma humana, que entendió la vida con entrega y cordialidad, nos legó la manera más original del quehacer poético: la greguería, inventada por él.

Pero Ramón también hizo otras greguerías que no fueron escritas, sino dibujadas. Sus nerviosos dibujos nos dan otra medida de su portentosa e incabable personalidad. Muchas veces como ilustración y complemento de sus sagaces sentencias, otras veces con valor independiente del de la greguería, los

dibujos de Ramón son todo un mundo disperso de sugerentes intenciones.

Tal vez uno de los mejores homenajes que se le pudieran rendir a su esclarecida memoria fuese reunir en un volumen toda esa obra dibujística ramoniana, que vió efímera vida en diarios y revistas. Todo lo de Ramón tiene ya el más aquilatado interés y tal vez lo menos conocido sean esos "monos" que no podía dejar de hacer un intelectual tan vigorosamente entero como fué Gómez de la Serna.

Al igual que otros tantos escritores mundialmente famosos, Ramón tuvo su visión sensiblemente dibujada. Al igual que Rabindranath Tagore, que Pérez Galdós, que Lorca, que Eugenio d'Ors, llevó al fino perfil de la tinta infinidad de rasgos que definen tanto su mundo interior como el entorno que le rodeaba.

Sí, sería un simpático homenaje. Un gran homenaje a quien por ser de alma grande lo hizo todo grandioso, hasta las cosas más nimias.

